

CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE GRANADA

**A LOS SACERDOTES,
A LAS COMUNIDADES DE VIDA CONSAGRADA,
A LAS COMUNIDADES Y MOVIMIENTOS ECLESIALES,
A LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS,
Y A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS**

Mis queridos hermanos:

1. Dejarme antes que nada desearos a todos, como hemos pedido en la oración de la Eucaristía de hace unos días, "que los dones recibidos en esta Pascua den fruto abundante en toda nuestra vida". El Misterio Pascual "consume" la Encarnación del Hijo de Dios, por el que Jesucristo desciende hasta nosotros, y hasta el abismo más profundo de nuestra humanidad — nuestra muerte—, y se une a nosotros también allí, para revelar así su "amor más fuerte que la muerte", y para sembrar en nuestra carne mortal su Vida Divina. Esa siembra la hace entregándonos su Espíritu Santo, su mismo principio vital, su misma Vida de Hijo de Dios. Y ese Don inmenso es el "admirable trueque" o intercambio del que también habla la liturgia en este tiempo Pascual, y que constituye el centro mismo de la fe cristiana: el Señor de todo se une a nosotros, y de nosotros recibe nuestra condición mortal y carga con nuestros pecados, para que nosotros podamos revestirnos de Él, y así vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios, y poseer ya aquí las primicias de la Vida eterna.

Parte I: La convocatoria del Papa, la Eucaristía y la Iglesia.

2. Como tal vez ya sepáis, el Papa Francisco, con motivo del Año de la fe, ha convocado a toda la Iglesia a un gesto único: que en la tarde del domingo 2 de junio, día en que la mayor parte de la Iglesia Católica celebra la solemnidad del *Corpus Christi*, y a la misma hora, todos los católicos del mundo nos unamos en un gesto unánime de comunión con el Señor, y también de comunión con el Vicario de Cristo, con todo el Colegio Episcopal, y con toda la Iglesia extendida por toda la tierra, en una hora de adoración al Santísimo Sacramento.

Ese gesto tendrá lugar el día 2 de junio desde las 17.00 a las 18.00 horas, hora de Roma, y se hará simultáneamente en todas las catedrales del mundo, y

también a la vez en todas aquellas parroquias e iglesias de cada diócesis en las que sea posible. Como nuestro horario es el mismo que el de Roma, en la diócesis de Granada —al menos en la catedral y en todas aquellas iglesias en las que sea razonablemente posible—, la adoración se hará también desde las 17.00 a las 18.00 horas. En la catedral habrá posteriormente, a las 18.30, la celebración habitual de la Eucaristía, y después tendrá lugar la tradicional procesión del Corpus por el barrio del entorno de la Catedral.

3. El gesto al que el Papa nos ha convocado es una forma preciosa de hacer visible la comunión de la Iglesia como *pueblo de Dios* y como *esposa y cuerpo de Cristo*, esto es, como realidad humana social que tiene una configuración del todo peculiar, configuración que nace del don del Espíritu Santo y de la forma específicamente eucarística que Cristo ha querido darle. Por estas dos características, este pueblo constituye una comunidad única, que se extiende por toda la tierra, y está dotada de una unidad que desborda y es más profunda que cualquier otra agrupación social, política, económica, lingüística, racial o cultural.

Pero la unidad que caracteriza a la comunidad eclesial es una unidad diferente a como la concibe el mundo, de la misma manera que la comunidad eclesial es diferente a otras comunidades que son obra de los hombres. Y los modos de vida que expresan las relaciones de unos con otros en la Iglesia, igual que las categorías que rigen esas relaciones, son también (y deben ser) diferentes a las categorías que rigen a las organizaciones y a las agrupaciones meramente humanas. Porque, por ejemplo, en las comunidades y organizaciones que son obra de los hombres, una categoría fundamental es la de poder, en cuanto poder coercitivo y poder de decisión: el centro está donde reside el poder, la pertenencia está en proporción directa con la proximidad al poder, y el todo es siempre más que las partes.

Vale la pena notar, como un paréntesis, que esto no puede aplicarse tal cual a la familia, y no puede aplicarse porque la familia no es nunca una mera construcción humana. La familia basada en el matrimonio de un hombre y una mujer forma parte del designio de Dios desde la creación, que está toda ella orientada ya desde el principio a la redención y al mundo de la gracia. Por eso una familia sana se parece en tantas cosas a la Iglesia, y en tantas cosas anticipa ciertos rasgos que sólo se iluminan en plenitud desde Cristo. La verdad es que, desde Cristo, y sobre todo desde esa síntesis y esa actualización del misterio de Cristo que es la Eucaristía, no sólo la familia se convierte en Iglesia doméstica, es decir, lugar de la presencia y de la salvación de Cristo, sino que también se descubre cómo todas las otras comunidades humanas, laborales, económicas o políticas, están llamadas a transfigurarse y a expresar en el mundo —en sus categorías de comprensión de la realidad, en sus modos de vida—, la novedad de Cristo, la vida que Cristo nos da.

4. Pero volvamos a esa comunidad peculiar —en realidad, única— que es la Iglesia. De nuevo, por ser obra del Espíritu Santo y por su estructura eucarística, las categorías fundamentales que permiten comprenderla y los modos de vida que la caracterizan no son las de las organizaciones humanas. En la Iglesia, en cierto modo, el centro no está en el centro sino en la periferia, allí donde tiene lugar la transformación de cada hombre y de cada mujer por el encuentro con Cristo. Y el todo no es más que las partes, pues el todo —Cristo y el don de su Espíritu— está entero en la más humilde de las celebraciones de la Eucaristía en el rincón más perdido del mundo. Y la categoría y la lógica que rige las relaciones humanas en la Iglesia no es la del poder coercitivo o la de la

imposición, sino la del amor que da la vida, como Cristo, por la vida de los hermanos.

En efecto, en el seno de la comunión de la Iglesia (comunión de fe y de amor, de la que el Papa es garante), en cada Iglesia particular se realiza entero ese misterio de salvación del que la Iglesia universal es signo e instrumento. Más aún, en cada altar en el que se celebra válidamente la Eucaristía está Cristo enteramente (y no sólo un fragmento o un aspecto). Y lo mismo puede decirse de cada creyente en cuanto vive con verdad y sencillez la realidad que proclama la fe: cuando comulgamos en el Cuerpo de Cristo no recibimos un "trozo" de Cristo, sino a Cristo. Y no hay un Cristo para cada uno, sino que todos recibimos y nos unimos al mismo Cristo, todos recibimos la misma vida. Y a quien acoge en su vida a Cristo, Cristo le acompaña en todos los momentos de la vida, y cada uno puede decir, como San Pablo: "Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí" (Gálatas 2, 20). Por eso cada cristiano es realmente miembro de Cristo, y por eso también es verdad que somos "miembros los unos de los otros" (Romanos, 12, 5).

Cada uno de nosotros, en efecto, somos verdaderamente portadores de Cristo y de su amor infinito a nosotros y al mundo (y de nuevo, no de una parte o de un aspecto), y a la vez, todos juntos hacemos visible, en medio de este mundo lleno de conflictos y de divisiones, la unidad que es la vocación del género humano, el anticipo de la Jerusalén del cielo.

5. El gesto al que el Papa nos convoca es también un modo muy concreto de proclamar que Jesucristo es el centro de la vida de la Iglesia: es "el único nombre que se nos ha dado bajo el cielo para que podamos ser salvos" (Hechos 4, 12). Es decir, Él y la vida que Él nos da —la vida "en Él"—, son la gracia que hace posible un modo nuevo de vivir nuestra humanidad en *todas* las dimensiones de la vida, el único modo verdaderamente alternativo a los modos de vida y a las categorías "del mundo", cada vez más clamorosa y notoriamente destructivos de lo humano. Por todo ello también se hace más evidente que en la "gracia de Nuestro Señor Jesucristo y en la comunión del Espíritu Santo" (2 Corintios 13, 13) está la única esperanza de una humanidad verdadera.

6. Por último, ese gesto de adoración, unidos a lo largo y ancho del mundo, es también un modo de hacer visible el modo particular de entender las relaciones humanas, nuestras conexiones entre nosotros y nuestra relación con el mundo, que se derivan de la naturaleza sacramental y eucarística de la Iglesia. Pues, en efecto, siempre que se celebra la Eucaristía, en cada altar, en cualquier rincón de la tierra, en comunión con el Obispo y con el Papa, ese altar se convierte en el centro del mundo y de la historia, por la presencia viva y misteriosa de Cristo Salvador. Y allí mismo *sucede* que se consuma realmente el ofrecimiento y el don a los hombres de su *vida nueva*. El tiempo y el espacio se "rompen" en cierto modo, se transfiguran, o mejor, se configuran de un modo distinto, más propio del cielo que de la escasez y de la contingencia de la tierra. Es lo que expresa el canto del *Sanctus* en cada Eucaristía, y es lo que hace posible que el hombre que está a mi lado celebrando esa Eucaristía, aunque sea de una cultura y tenga una lengua que tal vez no entiendo, o de una clase social que no es la mía, es parte de mí (y yo parte de él) de un modo más profundo y con unos lazos más firmes que los que me unen por la sangre y el parentesco, por el pueblo en el que hemos nacido, por la empresa en la que trabajo o por la comunidad política de la que formo parte.



he +

7. Sé muy bien que algunos de estos aspectos del hecho de ser cristianos que acabo de mencionar no los vivimos sino muy pobremente: a veces no los vivimos en absoluto. A veces nos resultan sumamente extraños, o los tenemos apartados de nuestra conciencia, porque no creemos con sencillez que puedan ser verdad, o que los podamos verdaderamente vivir. A veces esa extrañeza nace de que estamos de tal manera “colonizados” por la cultura del capitalismo global en la que vivimos que no somos siquiera capaces de imaginar nada diferente, o de percibir los aspectos en los que esa cultura choca frontalmente con aspectos centrales de la tradición cristiana. La dificultad de emitir un juicio verdaderamente libre sobre nuestra situación presente es un signo a la vez, del peso que tienen en nuestra mente y en nuestro corazón las ideologías dominantes, y de la debilidad o hasta de la impotencia de nuestra fe a la hora de vivir las cosas de la vida, o de hablar de ellas.

8. Dejamos ver con frecuencia esa fragilidad de nuestra fe cuando hablamos de “la utopía del evangelio”, o de “los ideales cristianos”. Pero precisamente por eso, un gesto como el que nos propone el Papa puede ayudarnos —no de una manera automática ni mágica, ciertamente, sino desde nuestra libertad y desde la súplica sincera a Aquél para quien “nada hay imposible”—, a abrir más nuestra mente y nuestro corazón a esos aspectos de la fe que acaso tenemos empolvados o relegados al olvido, y que posiblemente tienen que ver con carencias que tenemos —y que todos percibimos—, en nuestro sentido de pertenencia y de comunión, en nuestra caridad y en nuestro celo misionero.

Parte II: Disposiciones prácticas

Con el fin de que el mayor número posible de fieles puedan unirse a este gesto, tanto en la catedral como en las parroquias y en otras iglesias, me parece conveniente dar algunas indicaciones prácticas que pueden servir de ayuda para el gesto de esa adoración del Santísimo Sacramento, junto con el guión de la celebración que será facilitado por la Santa Sede:

1. Aquellos sacerdotes que tienen que atender las parroquias de varios pueblos, y les coincidan varias celebraciones, e incluso la procesión litúrgica del Corpus, el mismo día 2, pueden celebrar en algunas de ellas la solemnidad del Corpus Christi en los días anteriores, a partir del miércoles, incluso con sus respectivas procesiones si lo consideran pastoralmente útil, de forma que se descargue el día 2 y los fieles puedan participar con su sacerdote en este gesto en el lugar que el párroco haya considerado más adecuado y oportuno. Sería bueno que los sacerdotes inviten, en cualquier caso, a los fieles de los distintos lugares a unirse con él en la adoración donde él haya estimado más conveniente.

2. Evidentemente, donde haya un cierto número de fieles que quisieran unirse a la adoración y no pudieran contar con la presencia de un sacerdote, el sacerdote podrá designar a una o varias personas que guíen la adoración, aunque no se haga la exposición del Santísimo.

3. Evidentemente, no se debe celebrar ninguna Eucaristía en ningún lugar de la diócesis a la hora de esa adoración, excepto si en algún caso circunstancias pastorales verdaderamente graves lo requieran, a discreción del propio párroco.

4. Las comunidades religiosas de vida contemplativa, independientemente de cuál sea el estatus de su oratorio o capilla (iglesia abierta habitualmente a la participación de los fieles, oratorio público o privado), pueden y deben unirse al gesto, haciendo uso si es necesario, por ausencia de un sacerdote, de la condición de una hermana que sea ministro extraordinario de la eucaristía para la exposición del Santísimo, del modo autorizado por la Iglesia para los ministros extraordinarios.

5. En los pueblos, en cambio, en los que haya varias iglesias o varias parroquias, los sacerdotes, de común acuerdo, pueden determinar si es más conveniente al bien de los fieles el hacer la adoración en cada parroquia o sólo en una que por uno u otro motivo —tamaño o situación o valor simbólico del templo—, de manera que se hiciera visible en el pueblo un gesto de comunión

6. Sería deseable que las comunidades religiosas de vida activa con casa en la ciudad de Granada que no tengan una Iglesia u oratorio en el que haya habitualmente culto público se unieran al gesto, bien en la parroquia, bien en la Catedral.

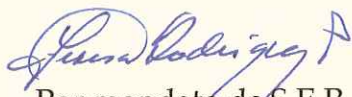
7. Las comunidades, movimientos y realidades eclesiales que tengan su sede habitual en una parroquia es normal que lleven a cabo la adoración en su parroquia correspondiente. Con respecto a la ciudad de Granada, cuando el hecho de hacer la adoración en la parroquia haga imposible o dificulte la participación de todos los fieles en el gesto, es conveniente que se distribuyan: y quienes no vayan a hacerlo en la parroquia o en otra Iglesia habitualmente abierta al culto, deben venir a la catedral, como iglesia que es madre y cabeza de todas las iglesias en la archidiócesis de Granada.

8. Las hermandades y cofradías, como es obvio, y de acuerdo con sus respectivos consiliarios, pueden celebrar la adoración en sus parroquias o en sus templos, si disponen de sacerdote.

Pido al Señor que este gesto pueda ser fecundo para una mayor conciencia de lo que significa la presencia viva de Cristo en nuestro mundo, y para un florecer de la vida y de los dones del Espíritu Santo en nuestra Iglesia.

En Granada, a 10 de mayo del año 2013.

Os bendigo a todo de corazón.



Por mandato de S.E.R.
Teresa Rodríguez Arenas
Vicecanciller Secretaria



Javier Martínez
Arzobispo de Granada

+ Javier Martínez
Arzobispo de Granada